

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario). Eduardo Barrios, Representante General en Santiago Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO V

JULIO 31 DE 1928

NÚM. 5

Amanda Labarca H.

Indefensa

VOY a narrarte, señor, la tragedia de una muchacha fantástica, de una muchacha cuya vida interior discurría por esa región escarpada que separa la adolescencia de la primera juventud. ¿Qué dices? ¡Ah, sí! Tienes razón. La adolescencia es como un paisaje visto a la luz de la luna. Plácido y engañoso a la vez. Sus abismos sólo parecen rasgos de sombra, y a lo mejor, tomamos los rasgos de sombra por abismos. ¿Y no has reparado, señor, en las selvas llenas de seres fantásticos, temibles y monstruosos que pueblan ese paisaje lunar? No son los mismos de los cuentos de hadas, ni de las leyendas que las nodrizas añosas nos musitaran en la oquedad de las noches sin sueño. Estos se les semejan sólo en los nombres y en las figuras, pero esconden rasgos mucho más complicados; casi todos son amenazadores y el alma se encoge de recelo ante ellos.

Pues, esta muchacha convivía indefensa con esos monstruos.

Llamábase Emilia y había nacido en una casona desmantelada de la ciudad de Concepción, no lejos de esa laguna pléfrica

de leyendas que nombran de Las Tres Pascualas. Sus padres engendraron tres hijos, de los cuales Emilia era la mayor y la única mujer. De sus dos hermanos le separaban tres y cuatro años, lo bastante para que Emilia se sintiera muy lejos de ellos y muy sola dentro de su vida.

Padre y madre trabajaban de la mañana a la noche. Poseían una bodega de «frutos del país» que atendían ambos, sobre todo Marta, porque Juan Antonio pasaba mucho fuera: unas veces en Lirquén, otras en Lota, en Tomé o en Chillán, mercando la leña, el carbón y las cosechas.

Ocupaba la tienda las habitaciones a la calle; las del primer patio servían para almacenar los rimeros de sacos: los de trigo, que al vaciarse canta con el mismo ruido que la lluvia; los de maíz, de un amarillo tan cálido que parece que guarda más que ningún otro fruto el calor del sol; de lentejas panzudas como mujeres cincuentonas; de arvejas mustias como si nunca concluyeran de consolarse de que las hubieran secado para guardarlas en antros oscuros. En el patio mismo estaba la cortaduría en la cual, invierno y verano, se sentía el golpe de la hachuela, el susurro de la sierra y sobre todo ese olor áspero y grato del serrín de la leña de monte. Al segundo patio, abríanse las habitaciones de la familia y en el tercero, que era huerto, jardín, cocina y lavadero—todo de una vez—, retozaban como reyezuelos cochambrosos los dos muchachos.

Se hubiera dicho que también constituía parte de la familia Angela, la lavandera viejísima que fué la nodriza de Marta y que nunca se había separado de ella. A los tres niños de ésta les había acunado igualmente, porque Marta apenas les echaba al mundo tenía que irse a la tienda a asegurar el pan de cada día. Veinte mil arrugas profundas trazaban complicados arabescos en su cara tostada. Crenchas de cabello blanco un poco hirsutas enmarcaban su cabeza que, a pesar de los años, llevaba muy erguida. Sus manos ágiles y sus brazos robustos dejaban alba, alba, la ropa que caía en su artesa.

Cuando los niños fatigábanse de triscar por el patio, volvían alrededor de esa artesa, porque Angela era decidora de cuen-

tos. Sabía tantos y tan largos, que una nunca hubiera querido retirarse de su lado.

Emilia creció escuchándolos. Primero, cuando Angela se los narró a ella, para que pudiera estarse quieta un instante; después, cuando con los hermanos, en los crepúsculos de invierno, mientras llovía torrencialmente afuera, invadían el cuarto de planchar exigiendo un cuento, y otro, y otro más. Emilia los llegó a aprender casi enteros de memoria, pues el placer del cuento es oirlo, oirlo, oirlo hasta que se hace tan familiar que uno convive con los personajes, presiente los peligros a que se exponen, se enorgullece de sus hazañas y llora sus desgracias como si fueran propias.

Tanto se adentraron los cuentos en el corazón de la niña, que más de una tarde, a solas, en el último patio, entre las matas arbóreas de camelia, tocaba una de sus ramas y le decía bajito: varillita de virtud, por la virtud que Dios te ha dado, haz que sea una princesa...

Un tiempo, Pedro Urdemales fué su héroe. Después, naturalmente, el Príncipe. ¿Cuál? Pues, naturalmente, el Príncipe de todas las consejas: el que despierta a la Bella Durmiente, el que descubre a María, la del candelero de plata. ¿Cómo? ¿No conoces tú ese cuento? Pues hay muchos semejantes. Emilia los había escuchado todos. Siempre es un rey que enviuda de su esposa muy amada. La pena le enferma y está concluyendo con su vida. Entonces acuden los astrólogos y los físicos de su corte y le recetan que busque entre todas las niñas más bellas, una que Su Sacra Real Majestad tome por esposa. El responde solemnemente que se desposará a aquella que pueda calzarse y vestirse con los botines pequeñitos y los vestidos esbeltos de la que fué la reina. Empieza la búsqueda. En ninguna parte hay una doncella tan fina. Hasta que alguien repara en la hija del rey y a ella sí que le calzan los lindos chapines y le ciñen como un guante los estrechos corpiños y las faldas historiadas. ¡Casarse con su padre! ¿Cómo va a sufrir eso la princesita María? El padre insiste: palabra de rey no puede faltar. Y entonces asoma la tragedia su cara bizca. En regalo de bodas, la hija

pide cosas imposibles, todas las cuales alcanza a realizar el mago de la corte, hasta que sin saber otra cosa, la niña sigue el consejo de una viejita que vive a la orilla de la mar. Le fabrican un candelero de plata. Se encierra María con él y le arrojan a las aguas salobres. Las olas le conducen a reinos distantes; unos pescadores asombrados le cogen en sus redes y transportan el candelero para presentárselo al rey. Tan primoroso es, que Su Majestad lo hace colocar en el cuarto del Príncipe. El final es siempre el mismo. El doncel descubre a la princesa, se enamoran, se casan y viven muy felices.

Estos fueron los cuentos de la niñez. Al crecer, al ir a la escuela y después al Liceo, Emilia los habría olvidado si hubiese sido más varia su experiencia de la vida real. Mas, en su casa permitíanle poquísimos comadreos de amiguitas, y en el colegio se sentía secretamente inferior a las compañeras que ella admiraba, porque instintivamente su corazón se prendía a todo lo bello, lo fastuoso, lo heroico de la vida, y para el resto no tenía sino indiferencia. Cuando la lectura le comenzó a saber a deleite, volvió a poblar su mundo de Minotauros, de Edipos, de Hércules, de caballeros, cruzados y paladines. Y al florecer la adolescencia en ciega demanda de amor, no miró a su lado sino que rindió su corazón a todos los héroes de todas las novelas que llegaron a sus manos. Esto fué cuanto supo de la vida hasta los diez y seis años, cuando, ya terminados los estudios del Liceo, sus padres quisieron que fuese a la Universidad a seguir una carrera.

* * *

Era a los diez y seis años muchacha de figura pequeña y de andar resuelto. Contrastaban en su rostro los ojos grandes, oscuros, de mirar de gacela, con el mentón un poco cuadrado y la boca que era a la vez sensual y triste. No sabía estar plácida. O reía—y entonces reía hasta el último hoyuelo de la cara—o cubría su faz un no sé qué de melancólico. Mirábase al espejo y se encontraba fea. Y suspiraba porque no poseía

esa belleza de las láminas de dibujo que le enseñaron a considerar como hermosas en el Liceo. Pero quien la veía no olvidaba así no más sus ojos, ni su sonrisa, ni su melancolía.

Hacia apenas dos meses a que comenzara sus estudios superiores cuando enfermó de gravedad su madre. Después de luchar largos días entre la vida y la muerte, la llevaron, una mañana lloviznosa de otoño, rumbo al cementerio. Emilia creyó morir de pena. Encerrada en su cuarto, sin consentir la entrada a nadie, pasaba horas de horas tendida en su lecho llamando en voz baja a su madre y sollozando hasta quedar rendida. Obligada por los suyos a volver a la vida normal, se sentía a cada instante herida tanto por las frases de vulgar consuelo de los vecinos, como por la banal tranquilidad de sus hermanos y la fácil conformidad de Juan Antonio. Reinició sus cursos en parte por rutina y en parte por escapar a la atmósfera de su casa. Mas, apenas concluído el horario, dirigíase, esquivando las calles centrales, hasta el cementerio y allí, ante la tumba de su madre, quedábase largos ratos, secos los ojos, la mirada dura, sintiéndose ásperamente sufrir.

De regreso de una de esas tardes fué cuando ocurrió aquel primer incidente. Había hecho en mitad del invierno uno de esos días tan luminosos y limpios que se les dijera definitivos, de tal modo incitan a olvidar el recuerdo de los días grises y disipan el presentimiento de los pesados aguaceros que han de venir. Regresaba a su casa menos triste que de ordinario; mas desde que traspuso el segundo patio, el corazón le dió un vuelco. ¿No estaban allí, suspendidas de los cordeles del lavado, todas las prendas de vestir de su madre?

Daniel, el hermano menor, a la sombra verde y roja de un camelio, tallaba en un pedazo de leña el vientre de una barca. Antes de que Emilia formulara la pregunta, la informó:

—Padre ha ordenado que se aireen todas las ropas de mamá y le regaló a Clorinda el vestido de seda negro.

—¿De veras? No es verdad....

—¿Qué sabes tú? ¡Andas en las nubes y no te fijas en nada! Se puso el sol; el aire recuperó su frigidez invernal.

Una emoción que súbitamente le hizo sentir pesado el corazón sobrecogió a Emilia. Suspiró muy hondo. Quiso hablar y se detuvo. Sin proferir otra palabra, fué recogiendo piadosamente los camisones de basto lienzo, las enaguas orilladas de gruesos filetes bordados a mano, las blusas de percal y las faldas de paño que formaron el modesto guardarropa de su madre. Mientras las llevaba a su cómoda y allí las depositaba con unción religiosa, la imagen de Clorinda se iba agigantando y adquiriendo extraños perfiles en la conciencia de la niña.

Clorinda era una hembra recia y poblana de unos treinta y cinco años; carirredonda, de facciones bastas y maciza de carnes. Trabajadora. Eso no se podía negar. Levantándose al alba organizaba todas las faenas de la bodega y de la casa. Hacía dos años, Marta la había tomado de cocinera, y ahora, ahora era casi el ama. Mas, ¿cómo se atrevía...? Cuando no hacía tres meses que su señora había muerto. Emilia no lo consentiría. A la hora de comer, delante de sus hermanos, le preguntaría a su padre si era verdad lo del vestido. No, mejor sería que se lo pidiera, como si estuviese ignorante de todo.

Sobre la mesa cuadrada, cubierta por un hule blanco descascarillado a trechos, reverberaba la luz de la ampolleta desnuda que hacía de lámpara. Enfrentábanse padre e hija; los dos mozallones ocupaban los costados. Comentaban éstos el arribo de unos barcos ingleses a las aguas de Talcahuano. Juan Antonio había expresado que las ventas estaban flojas ese invierno. Era demasiado benigno, y las gentes compraban poco carbón. Emilia, en atmósfera tan ajena al fluir de sus cuitas, no hallaba cómo ni por dónde comenzar. Clorinda, después de la sopa y del puchero abundantes, había colocado, frente a Emilia, que repartía la merienda, una sopera con huesillos cocidos.

—Dame un plato bien lleno—pidió Daniel.

—Yo no quiero—apuntó secamente Juan Antonio.—¡Clorinda! ¡Clorinda!—añadió levantando la voz—, tráigame luego el café.

—Ya va, patrón—repuso inmediatamente la voz pastosa de Clorinda, desde la cocina.

Y en efecto, a poco volvió con sus ademanes precisos, su andar reposado, su semblante tan plácido que uno no sabía si apuntaba en él una sonrisa de satisfacción o simplemente de buena salud.

—¿Se lo sirvo, don Juan Antonio?

—Yo se lo serviré—atajó Emilia antes de que se oyera la respuesta del padre.

La faz de Clorinda no tradujo ninguna emoción. Con el respeto que solía, puso delante de Emilia la burda cafetera y salió.

Cuando Emilia la creyó en la cocina, comenzó, haciendo un esfuerzo terrible de voluntad para afrontar a su padre, el cual, a pesar de que todas las gentes aseguraban que tenía preferencias de regalona para Emilia, le había inspirado siempre una reverencia mezclada de sobresalto:

—Papá, he visto que ha hecho sacar Ud. las ropas de mamá. ¿Quiere que yo las guarde todas?

—¿Con qué fin? Sería mucho mejor que las vendieses o que las dieras a otras personas que las necesitaran. Tú no las vas a usar nunca.

—Las quería conservar de recuerdo.

—Dentro de poco no vas a saber donde ponerlas.

Hubo una ligera pausa y en seguida se escuchó la voz de Emilia un si es no es entrecortada:

—¿Y el vestido de seda negro también?

—Ya se lo dí a Clorinda.

—El único vestido lindo que tenía la mamá...

—Clorinda la cuidó mucho. ¿No te acuerdas de todas las veces que trasnochó con ella? Y ahora, si no fuera porque sé lo honrada y lo trabajadora que es, ¿crees tú que yo podría seguir con esta bodega? ¡No la ibas a atender tú mientras yo salgo!

Se encaminó al otro extremo de la misma habitación en donde tenía la mesa que le servía de escritorio. Iba como de costumbre a repasar sus libros de cuenta.

—Tráeme para acá el café, Emilia.

Acercóse la niña, esforzándose para que la pena y el desconsuelo que le angustiaban no le hiciesen temblar la mano tanto que el café se volcara sobre el platillo.

Las miradas de ambos se entrecruzaron y se sostuvieron largos segundos. Creyó Emilia que por primera vez veía al hombre en su padre. Por primera vez observó los labios carnudos, la barba bien cuidada, el entrecejo voluntarioso, el cabello prieto y sobre todo la mirada tan llena de sentimientos contradictorios, ásperos y tiernos a la vez, con que la envolvía.

Principió un ademán Juan Antonio como para atraerla a sí. Mas, un calofrío de temor, una ráfaga de un miedo insensato, una repulsa venida de quién sabe dónde, traspasó en ese instante el alma de Emilia...

Depositó la taza de café en el borde de la mesa, retirándose en el acto cuanto le fué posible del alcance de su padre. El ademán de él quedó inconcluso. Su mirada se volvió torva.

Rápidamente regresó la niña a la mesa-comedor para terminar de servir a sus hermanos y en seguida se fué a su cuarto. Echóse sobre la cama no llorando, como otras veces, sino con una angustia seca, un sobresalto, una cosa indefinible y honda que le llenaba de pavor.

Largo rato luchó por alejar de sí el recuerdo de Clorinda, de su padre, de su mirada. ¡Dios mío, qué había en esa mirada para que pudiese asustarla y acongojarla tanto!

Cortó la noche la voz sutil de la campana de las monjas vecinas. Amortiguáronse suavemente los ruidos de la casa. Rendida de fatiga, durmióse al fin Emilia. A altas horas, despertó sofocada, ahogándose... ¿Había alguien en la pieza?... Ese crujido, ¿no eran pasos que se acercaban? El aire parecía cargado de la presencia de un hombre. ¿Quién? ¿Su padre? No. ¿Para qué? Encogida dentro de las sábanas, no se atrevía siquiera a respirar.

—¡Ay! ¡ay!—exhaló un grito ronco, pavoroso, porque le pareció sentir que tocaban su catre. Recogiendo toda su voluntad se incorporó en el lecho buscando luz. No. No había nadie.

Las puertas estaban cerradas, como de costumbre. Puso atento el oído. Nada. La casa dormía en el más completo reposo.

Comenzaba a clarear límidamente el alba, cuando consiguió conciliar el sueño. De nuevo, las pesadillas le asaltaron; en ellas, figuraban Clorinda, su padre, Alberto, un muchacho de la universidad por quien ella sentía un poquito de más compañerismo que con los otros, y el balneario de San Vicente a donde iba a nadar en el verano.

Eran las ocho cuando Clorinda la despertó al llevarle el desayuno. Una luz color perla tamizaba el aire, y en su gris claro la mujer se destacaba tan recia, tan segura de sí misma, tan sólidamente asentada sobre la tierra firme de la realidad, que Emilia experimentó una secreta vergüenza de sus angustias y pensamientos de la última noche. Le habría pedido perdón, si el hacerlo no incluyera dar explicaciones de cosas imposibles de explicar.

Cuando, más tarde, se dirigía a la universidad con su andar resuelto, su paso ágil, recibiendo el aire frío que le acardenalaba el rostro, prometíase Emilia no dejarse vencer más por esas cosas turbias y tremendas que ofendían a la vez el recuerdo de la muerte y el respeto a su padre.

Sin embargo, una cosa es la promesa de la voluntad a la limpia luz de la mañana y otra muy diversa cumplirla cuando los incidentes de la vida compleja, extraña, inexplicable, asaltan de nuevo y de nuevo arrastran a las pequeñas almas indefensas hacia la pesadilla, los terrores y las angustias de las noches sin reposo.

No pudo mirar más a su padre y a Clorinda con serenidad de niña. De él rehuía hasta la más leve aproximación. Si le llamaba a servirle, si en las tardes de los Domingos, cuando, cerrada la tienda, le obligaba—como era su costumbre—a leerle en voz alta el diario o esos libros de Marden, «Todo hombre, un rey» que eran sus textos favoritos, el sentir siquiera el aliento de su padre le crispaba los nervios. Una vez «El Sur» traía un detallado relato de la huelga de las minas de Coronel, de donde Clorinda venía. Juan Antonio la llamó para que lo escucha-

ra. Estaban en el patio, a la luz de un claro sol de Agosto y Clorinda se sentó muy cerca de ellos, con una pieza que zurcir entre manos, tal y cual solía hacer Marta en las tardes domingueras, cuando gozaban del escaso y único instante de vida familiar en la semana.

La visión del pasado, el recuerdo de su madre, los temores y los celos de hoy se anudaron en el pecho de Emilia. Un sollozo cortó bruscamente la lectura.

—¿Qué te pasa, niñita?—indagó con desusada ternura el padre, acercándosele. La abrazó con su diestra y con la izquierda trató de levantarle la cara.

—Déjeme, papá, déjeme.

Bruscamente le hizo a un lado y escapó a su cuarto.

—Esta muchacha se está poniendo muy rara—comentó malhumorado Juan Antonio.

—Estudia mucho, quién sabe, y tiene pocas distracciones—explicó sencillamente Clorinda.

—En cuanto dé sus exámenes, la voy a llevar a San Vicente.

Emilia no salió esa tarde de su pieza, ni dejó que le acompañara nadie. Sobre la cómoda, arregló unas camelias rojas ante el retrato materno. ¡Cuánto no daría ella porque su madre le hablase, le explicara lo que sucedía y ahuyentara sus alarmas!

A la hora de comida, Angela, la anciana lavandera, apareció con un plato de sopa humeante y bien oliente. Obligó a acostarse a Emilia y mientras se servía la sopa, sentóse ella a los pies de la cama.

—Tú echas de menos a tu madre, nena. Nunca se sabe todo lo que hace falta.

Seguía conversándole con la misma voz unicorde con que antaño le relatara sus cuentos. Al conjuro de esa voz que tan bien sabía hallar el camino de su corazón, diluíanse hasta casi desvanecerse las cuitas de Emilia, y la confianza que ni a ella misma se atrevía a hacer, fué brotando poco a poco como agua que surge de un escondido fontanal.

—Mira, Angela, ¿crees tú que Clorinda tenga miras de ser aquí la dueña de casa?

—Lo que ella quiera es una cosa y otra lo que resuelva el patrón.

—Con ella de madrastra, yo me moriría.

—No te hagas mala sangre sin motivo, nena. A mí me parece que eso no va a suceder.

—¿De veras lo dices?

—¡Claro! Al patrón le hace falta alguien que le trabaje la bodega. No creas tú que él va a andar buscando mujer a quien amarrarse. Lo que le importa es que no le roben, que no le desatiendan el negocio, y para eso, Clorinda ni que mandada hacer... Trabaja como si fuera suya la casa...—Sonrió la bocaza desdentada y bondadosa de Angela. —Mira, mi hijita—continuó—; tú no conoces a tu padre. No te va a dar madrastra así no más. Te quiere mucho, ya ves tú cómo te cría, como para ser señorita, y eso que él no sabe de cariños finos. Hasta a tu misma madre—Dios se lo perdone—la hacía trabajar y la trataba como a perro...

¡Qué poder aliviante encierran a veces las palabras! Con Angela a los pies de la cama, conversando, conversando, no se dió cuenta Emilia del instante en que se durmió. Su sueño fué esta vez tan angelical y sereno como en los días en que en su cielo infantil no se divisaba una sola nube.

No obstante, ellas volvieron demasiado pronto ¡ay! y más cargadas de lágrimas.

Manuel, el mayor de sus dos hermanos, por motivo de no sé qué saldas de la vecindad, tuvo un altercado violento con Clorinda, a quien le enrostró en el medio de la calle, como cosa real, lo que hasta ese momento sólo consideraba como sospechas sin fundamento.

Al regresar Emilia de clase, Manuel la puso rápidamente al tanto de lo que acaecía.

—Y si me sigue fastidiando esa mujer, le pego—vociferaba bravuconamente, cuando Juan Antonio entró al patio. De una ojeada, Emilia comprendió que a Juan Antonio ya le había informado Clorinda y que venía resuelto a castigarlo. En efecto,

lo atenaceó un brazo con su mano robusta y con el otro, fué a abofetearlo.

Emilia se interpuso con la rapidez de un relámpago y el golpe, dirigido a Manuel, alcanzó a rozarle la mejilla.

—Quítate, muchacha, quítate, te mando. Y tú, ocioso, flojo-nazo, que no sabes sino comer de lo que trabaja tu padre; ¿te atreves a saltarme al respeto y a pelear con Clorinda que es la única que me ayuda a sostener la bodega? De una vez por todas, y tú también Emilia, sábelo. Yo no voy a tolerar ni por un momento que ninguno de Uds. le falte en lo menor. ¿Entienden? ¡Y si te sigues portando mal, bribón, te voy a encerrar en la marina, a ver si flojeas allá como aquí, bueno para nada!

Desde ese momento fué más espesa, más inextricable la maraña de sentimientos que aprisionaban el alma de esa niña sin experiencia alguna de los valores vitales. Creyó que su deber le obligaba a ser más cariñosa, más solícita, más necesaria a Juan Antonio para salvar a sus hermanos del enojo del padre y a todos de la fatalidad de una madrastra. Y en efecto, venciendo esa extraña repugnancia en que se había convertido el cariño que antes le tuvo, principió a servirle en persona el café todas las noches y a ofrecerse para ayudarle en sus libros de cuentas, a leerle en las tardes de los Domingos sus aburridos folletos, hasta, una vez que amaneció un poco resfriado y no madrugó como de costumbre, a llevarle el desayuno a su cuarto.

—¿Eres tú, Emilia? ¡Al fin se te ve contenta! Siéntate aquí en la cama. ¿Cómo te va en el colegio?

Mientras su padre sopeaba en el café y Emilia le respondía mecánicamente, iba sintiendo la niña que desde el fondo del alma volvía a asomar ese pavor extraño, esa cosa tan torva y ofensiva que le retraía de su padre. Algo debió observar él, y acaso para infundir más confianza en la niña que había sido siempre su orgullo, cogióle las manos y principió a palmotearlas suavemente:

—Esta niñita, esta niñita...

No se atrevió a retirarlas inmediatamente, pero el roce físico

era una tortura que le erizaba la piel y le hacía correr un calorío por todo el cuerpo.

Balbuceando una excusa torpe, se levantó.

Otra vez volvieron los monstruos a torturar sus noches y a enturbiar la serenidad de sus días. La primavera fué un desastre. Estudiaba y no sabía lo que estaba leyendo. De Clorinda y su padre no se atrevía a creer lo que sus hermanos aseguraban ahora hasta en voz alta. No soportaba ni siquiera el pensamiento de que Juan Antonio pudiese mancillar así el recuerdo de su madre. Clorinda, por otra parte, seguía observando hacia la niña la misma conducta fría y plácida de siempre. Tal vez las habladorías de los muchachos no eran sino venganza por las continuas reyertas que sostenían con Clorinda y en las que, teniendo a su padre en contra, ellos llevaban siempre la peor parte. ¡Ay! pero todo eso no la desembarazaba de su más honda cuita. ¿Por qué ese terror al hombre que había en su padre? Estos no eran celos de niña regalona. No. Los celos son muy distintos. Claro que ojalá que nunca se le ocurriese casarse con Clorinda, porque ella se moriría de vergüenza y de pena. Mas ¿de qué modo atraerlo cuando a la más leve aproximación se alzaba dentro de su pecho ese instinto de huir, de rechazarlo fieramente? ¿Era sólo producto de su fantasía ese temor a lo que creía vislumbrar en los ojos de su padre? ¿O el suponerlo en posibles amores con una mujer le quitaba todo prestigio sagrado para presentársele como un hombre cualquiera con quien forzosamente y contra toda la voluntad hay que convivir?

A principios de Diciembre, después de una querrela agria y soez que tuvieron con su padre y Clorinda, los muchachos desaparecieron. Marcháronse sin avisar ni siquiera a su hermana; marcháronse a correr tierras.

Un silencio torvo se cernió sobre la casona. Las comidas a solas, frente a frente padre e hija eran insoportables. Juan Antonio solía desahogarse quejándose de los negocios, increpando a los operarios y lanzando denuestos contra los muchachos. Se comprendía, sin embargo, que en el fondo de todo eso no había sino pena.

La única que no variaba era Clorinda. Era la misma recia y tranquila mujer que de costumbre. Trabajadora, tozuda, impenetrable a todo sobresalto sentimental. ¿Los chiquillos se fueron? Ya eran hombres. Les haría bien aprender lo que es el mundo. Trabajar en la bodega no les gustaba. Tampoco eran hechos para el estudio, como Emilita. Así sabrán lo que es ganarse el pan.

Angela, la pobre, eludía comentarios.

Alguna tarde, cuando regresaba de la Universidad y Alberto con respetuosa camaradería la escoltaba parte del trayecto, Emilia hubiera querido decirle algo de lo que le pasaba. Mas era tan difícil analizarlo y Alberto, tan apocado. Más que ayudar parecía que necesitaba que lo confortasen a él. No servía de nada. ¡Qué falta hacía el Príncipe! Un hombre recio de cuerpo y alma que la amparase, que la defendiera de todos y de sí misma, especialmente. ¿No era en esta precisa ocasión cuando aparecía el héroe de todas las novelas? Mas en la suya no se columbraba ninguno.

Con el final del año, la salud de Emilia se quebrantó decididamente. Ya no fueron sólo los terrores nocturnos; un sobresalto y una angustia continua que se le diluía en las venas, agotaba su organismo. Quejóse de violentos dolores a las sienes. Otras veces, el cráneo le pesaba como si fuera de piedra. Había enflaquecido mucho. No le interesaba nada ni nadie. Hasta para caminar había perdido esa vivacidad ágil que le caracterizaba.

El médico diagnosticó anemia. Precisaba sol, baños de mar. ¿Tenían ellos a dónde ir a San Vicente? Sería preferible Tomé, de aguas un poco menos frías.

—El Lunes mismo te vas a Tomé. Clorinda te irá a dejar a la pensión de doña Rosa y se quedará contigo hasta que yo pueda acompañarte.

Angela le arregló sus ropas y con sus manos todavía ágiles le amasó unos panecillos de huevo que eran el regalo de Emilia, cuando pequeñita.

• • •

El día estaba revuelto, indeciso, como desconfiado de sí mismo. Lucía a ratos el sol para esconderse luego tras manchas de nubarrones errantes. Aunque principiaba Enero, todavía era escasa la gente tendida en la blanda media luna de la playa. Con muy pocos deseos, había vestido Emilia su traje de natación. Más para libertarse de la presencia de Clorinda que para obedecer las prescripciones médicas, consintió en comenzar sus baños ese día.

El cosquilleo del agua al entrar en la zona de la ola, el fleco de espumas que se deshace en los pies, el canto de órgano que parece rezar el océano, todo eso revivió en su alma el recuerdo de la niñez, de cuando su madre la llevaba a San Vicente y allí nadaban juntas mar adentro. Ahora, Clorinda, Clorinda... su padre... Venía una ola. Como ágil nadadora, hizo un movimiento atrevido para cruzarla y dejándola atrás, comenzó con grandes brazadas a alejarse de la playa. ¡Qué agrado! ¡Qué liberación! Alejarse de Clorinda. Nadar, nadar mar adentro. Miró hacia la costa y no alcanzó a distinguir a la mujer entre los bultos multicolores en que se habían transformado los bañistas. ¡Qué bien y qué liviana se sentía! Nadar, nadar mar adentro. El sol volvía en ese instante a dorar la tierra y a entibiar el mar. Nadar, nadar mar adentro. Advertíase el oleaje pesado de las aguas profundas, y en ellas cuán dulce era dejarse izar y descender como gaviota. ¿La playa? ¡Qué lejos estaba! Las gentes eran unos bichos enanos que se movían imperceptiblemente. Lejos, lejos, mar adentro. No supo cuánto tiempo avanzó. Al sentirse fatigada, tendióse a reposar. Las olas le dejaban a penas la curva del rostro sobre las aguas. Hacía frío. Regresaría a la playa. Tendría que volver a Clorinda y a su padre y a su casa solitaria. No, todavía no. Comenzó de nuevo a nadar mar adentro. De pronto comprendió que una corriente la estaba desviando desde hacía rato tal vez y conduciéndola mucho más lejos que lo que ella misma quería. Principió el regreso. Nadaba briosa-

mente. ¡Por Dios, qué débil y fatigada estaba! No. Había que hacer esfuerzo. Despierto el instinto de conservación, sin pensar ya en otra cosa que luchar contra esas olas implacables, incessantes, braceaba con toda la energía de su ser. ¡Qué lejos estaba aún la playa, Dios mío, y qué cansada! ¡Apenas podía mover los brazos! Sintió que una ola la sumergía y le llenaba de sal la boca. Una oscuridad rapidísima... luego una luz azul... Angela con ella, contándole cuentos... Estaba dentro del candelero de plata, bogando mar adentro, mar adentro...

Cuando se dieron cuenta de que Emilia no regresaba, arriaron un bote para salvarla, pero la niña no pareció por parte alguna. Sólo días más tarde, unos pescadores hallaron su cuerpo, mucho más al norte, en una ensenada pequeñita y linda como un caracol, más allá de las playas de Dichato.